

premio Nobel que en tiempos recientes le fué justamente asignado, y finge en ella que cuando se dirigía á Estocolmo con fin de recibirlo, al igual que si la tierra hubiese desaparecido bajo el peso colosal de la máquina y los vagones, el tren, poseído de extraordinaria potencia, se lanzó en el espacio y vertiginosamente tomó rumbo hacia la admirable infinitud del cielo, en donde se detuvo para dejar á la soñadora peregrina en presencia de su anciano padre, allá asilado desde días, viejecito cariñoso, viejecillo compasivo, al cual quería revelar con dulzura la hija el magno secreto de su triunfo. Pero antes de hacerlo así, á modo de preparación extraña, se le ocurrió pedirle consejo acerca de cómo pagar todas las deudas, las deudas casi infinitas, que durante su vida había contraído. Con quién? Con él mismo, que de niña le inspiró, entre besos, la devoción del Arte en los libros mejores que por entonces existieron, en las páginas candorosas de los grandes cuentistas de su tierra; con cuantos, ya por credulidad, miedo ó neurótico delirio, infundieron vida á alguna conseja rara; con los que de algún modo le profesaron amor á la belleza; con los que le prestaron apoyo, la elogiaron, ó al contrario, faltos de fe en el porvenir de la artista, la deprimieron; con el crítico que la consagró públicamente; con sus lectores: viejos, mujeres ó niños; con todos los que en hora alguna de la vida le destinaron un pensamiento ó un recuerdo...; con los pájaros, los árboles, las flores, los musgos, las piedras; con la Naturaleza entera; y con toda la Humanidad! A los que soñaron, á los que sintieron, á los que amaron... á todos les debía algo.

De ello hubo de hacerle mención con suave acento al confiado viejecito que en un principio creyó que sería fácil satisfacer el santo anhelo de su dulce hija, pero que luego, ante la desesperante enormidad del crédito, y seguramente confundido por anormales

pensamientos, fué intranquilizándose, sintiéndose abatido, hasta que la congoja le extrajo lágrimas inmensamente piadosas, grandes, admirables, en tanto que se inclinaba víctima de pesadumbres su cabeza cana, y que dejaron de percibir sus oídos las palabras finales del relato, llenas de la emoción del triunfo definitivo y de la amargura causada al noble anciano...

Quién no llora cuando llega á comprender que ha desfilado por el mundo sin poder medir la trascendencia de la obra múltiple de los hombres, tan infecunda como de ordinario nos parece?

Es la hermosa verdad que se ha perdido entre la maraña de las cotidianas frivolidades, á la sombra de los coloreados parasoles del placer de Venus: lo nuestro es de todos! Somos de cierto los hombres como las partículas infinitesimales que integran un diapasón: todas han de vibrar para que el canto de una nota ruede en los aires. La modulación menos intensa es obra común. Quien desprecia lo pasado, á sí mismo se desprecia; quien no anhela el futuro renuncia su derecho á la Vida. Y sólo existe en cuanto al valor de la tarea individual la restricción de que la realiza de mejor modo el que tiene conciencia de la significación de su vida con respecto á la vida de los demás seres. La posibilidad de crear en cada uno esa conciencia, la de hacer que intervenga la voluntad en el movimiento evolutivo individual, es el oasis en que se ampara de los rigores de la intemperancia y del egoísmo, la fe en la edificación moral del hombre...

Pero vamos todos marchando entre tinieblas, y cuando creemos interpretar las grandezas del destino mascullamos margaritas que fueron hechas para supremo deleite de labios más puros. El fuego sagrado de la solidaridad conciente no se ha encendido aún en los corazones.....

OMAR DENGO